

**Imaginarios culturales del presente en Colombia: nuevas perspectivas  
sobre la violencia en la producción cultural contemporánea**

**Juanita Bernal Benavides**

Rhodes College

**Carlos Gardeazábel Bravo**

University of Dayton

**Camilo A. Malagón**

Ithaca College

En noviembre de 2016, el gobierno colombiano y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo (FARC-EP) firmaron un acuerdo histórico por la paz y la justicia transicional. Los años posteriores al conflicto han sido testigos de un debate productivo sobre el tema por parte de académicos, intelectuales, comentaristas políticos y la sociedad civil. La expectativa de una paz larga y duradera sigue siendo cuestionada, y muchos han expresado puntos de vista sobre el posconflicto que van desde preocupaciones reales por la continua violencia en el país después del acuerdo, hasta visiones esperanzadoras de progreso, acceso y revitalización de la esfera política y social—sobre todo, desde que el nuevo gobierno elegido en 2022 se comprometió a continuar la implementación de los acuerdos de paz. A pesar de las

visiones divergentes y los complejos procesos que se han desarrollado desde este momento inicial de promesa, el posacuerdo marca un importante punto de inflexión en la historia del país y sitúa el presente colombiano como una coyuntura en la que es posible crear un nuevo imaginario político, cultural y social para el futuro, alejado del archivo de violencia con el que Colombia es constantemente identificado.

El tema de la violencia ha tenido gran importancia en la literatura, el cine y el arte colombianos. Varias guerras internas en el siglo XIX, la Guerra de los Mil Días a inicios del siglo XX, la prolongada guerra civil después del asesinato del candidato presidencial Jorge Eliécer Gaitán el 9 de abril de 1948, la violencia relacionada con el narcotráfico y las violentas consecuencias del neoliberalismo han dejado una profunda huella en la producción cultural del país. La literatura y el arte contemporáneos de Colombia han abordado cuestiones relacionadas con este momento político, sus causas históricas y sus conexiones con las discusiones locales y globales de clase, raza y género. Los productos culturales han interrogado el archivo histórico del país para mostrar visiones divergentes del pasado, el presente y el futuro; han pensado en la imbricación del conflicto, la violencia, el capitalismo y el medio ambiente; y, finalmente, han reflexionado sobre los discursos políticos, culturales y sociales de la realidad colombiana, y cómo esta se conecta con diferentes actores a nivel local, regional y global.

En los últimos años, una serie de críticos contemporáneos han explorado este archivo de producción cultural colombiana proponiendo diferentes formas de entender las variadas representaciones de la violencia en el cine, la literatura, el testimonio, la música y otros medios. Textos como *Sitios de contienda: producción cultural colombiana y el discurso de la violencia* (2010) de Juana Suárez, *La violencia y sus huellas: una mirada desde la narrativa colombiana* (2011) de María Helena Rueda y *Literature, Testimony and Cinema in Contemporary Colombian Culture: Spectres of La Violencia* (2008) de Rory O'Bryen estudian la producción colombiana del siglo XX y principios del XXI y dialogan con la vasta investigación sociológica, antropológica e histórica que se ha producido en y sobre Colombia desde la década de 1960—y el campo que se ha llegado a conocer en Colombia como *violentología*—que se ocupa de las muchas preguntas que surgen del estudio de la violencia. Otras aproximaciones más recientes como *Territories of Conflict: Traversing Colombia through Cultural Studies* (2017) de Andrea Fanta, Alejandro Herrero-Olaizola y Chloe Rutter-Jensen, el libro *Haunting without Ghosts: Spectral Realism in Colombian Literature, Film, and Art* (2020) de Juliana Martínez, *Rompecabezas de la memoria: literatura, cine y testimonio de comienzos de siglo en Colombia* (2019) de María Ospina Pizano y

*Commodifying Violence in Literature and on Screen: The Colombian Condition* (2022) de Alejandro Herrero-Olaizola en enfocan principalmente en el tema de la violencia en la producción cultural del siglo XXI desde variadas perspectivas, las cuales incluyen principalmente el concepto de espectro como una metáfora para pensar la ética y la política, la realidad del desmoronamiento psíquico, mental y físico causado por la violencia, y la tipificación de Colombia como un país asociado inherentemente con la violencia. Además de estos libros, también hay varios *dossiers* recientes sobre el tema. Hay el de Juliana Martínez y Juanita Aristizábal sobre la violencia en México y Colombia en *Revista de Estudios Hispánicos* llamado *Violent Tales: Cultural Representation in Colombia and Mexico* (2019); Wilmar Ramírez López y Virginia Capote Díaz publicaron uno titulado *Violencia, sexualidades y política: aproximaciones al conflicto armado interno colombiano en la literatura reciente (2005-2019)* (2020) en la revista *Catedral Tomada: Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*; y María Ospina Pizano editó *Narrativa, artes visuales y filmicas a la luz de los Acuerdos de Paz en Colombia* (2020) en la *Revista de Estudios Colombianos*.

Nuestro *dossier* dialoga con estos textos críticos y se involucra con este complejo archivo sobre la violencia de Colombia y sus representaciones, presentando nuevas perspectivas sobre estos temas en relación con la historia, el presente y el futuro del país. Nos adherimos a estas visiones que buscan resaltar la manera en que la producción cultural de una nación explica, dialoga e interviene la sociedad, aun cuando las aproximaciones sean altamente conceptuales o teóricas. Casi todos estos textos (con excepción de los libros de Rueda y O'Bryen) se enfocan en la producción cultural de finales del siglo XX y comienzos del siglo XXI, y nuestro *dossier* sigue con ese enfoque temporal. Sin embargo, en relación con los *dossiers* mencionados, nos distanciamos de Ramírez López y Capote Díaz porque los artículos aquí no hablan solamente del conflicto armado interno, sino que piensan la violencia de una manera más amplia. También nos alejamos del trabajo comparativo de Martínez y Aristizábal. En cambio, estamos más cercanos a Ospina al pensar la violencia colombiana desde la perspectiva del posacuerdo—aunque la producción cultural estudiada en estos artículos va desde finales del siglo XX hasta el presente, es decir, comprende también un período anterior a los Acuerdos de Paz de 2016. Sin embargo, el posacuerdo como lugar de enunciación de estos artículos se presenta como un momento productivo para estudiar los artefactos culturales de finales de siglo XX y comienzos de siglo XXI—no solo para trazar perspectivas históricas sobre la representación de la violencia o para marcar paradigmas actuales sobre esa representación, sino también para *hacer el futuro* desde las prácticas

hermenéuticas variadas que estos artículos usan: implícito en cada uno de estos textos está un imaginario de futuro.

Dado que el propósito de este *dossier* no pasa por hacer un estudio exhaustivo de todas y cada una de las formas de violencia que operan en Colombia, no se abordan directamente enfoques que han sido explorados en otras publicaciones. Es el caso de la literatura sobre la violencia y el conflicto escrita por mujeres—que entre otros varios temas y enfoques incluye el feminismo, las agresiones contra las mujeres y la población LGBTQIA, la vida de mujeres ex-combatientes, la violencia intrafamiliar y el feminicidio—la cual ha sido estudiada en varias intervenciones recientes por autoras como Annie Mendoza, Constanza López Baquero y Cherilyn Elston, entre otras. Sin embargo, sí se establecen líneas de estudio que permiten establecer diálogos con algunas de estas perspectivas. Los artículos editados en este número especial analizan artistas como Liliana Angulo y realizadoras como Laura Mora Ortega, quienes abordan, por medio de su obra, las intersecciones de racismo y memoria; género, perdón y venganza.

Aún, la pregunta queda abierta: ¿Por qué un *dossier* más sobre la violencia y la producción cultural sobre la violencia en Colombia? Nuestra primera reacción sería “y que se escriban mil más”. Pero, además, recordamos la aseveración de Idelber Avelar en su libro *The Letter of Violence*, “Colombia has come to represent Latin America’s ultimate instance of violence as a constant, pervasive element in the nation’s self-definition” (2005, 20). Y a esta radical y tajante afirmación—que se ha convertido, como diría Herrero-Olaizola, en “la condición colombiana”: la manera en que la nación es eternamente leída—respondemos con un conjunto de textos que piensan sobre esa producción cultural que representa la violencia desde la perspectiva del año 2022. Un año que parece un nuevo camino de autodefinition nacional. Y la producción cultural de estos últimos años no sólo nos ayuda a entender el pasado y el presente, sino a crear herramientas hermenéuticas para forjar nuevos futuros.

En junio de 2022, por primera vez en la historia de Colombia, un presidente y una vicepresidenta de izquierda fueron elegidos para gobernar el país. En los cerca de 200 años de historia de la nación, nunca unos líderes se habían parecido tanto, y así representado, a las minorías colombianas (que, en la realidad, conforman la mayoría de la nación). A diferencia de los gobernantes anteriores pertenecientes a las élites poseedoras de la tierra, el nuevo presidente, Gustavo Petro, es un economista, exguerrillero y firmante del primer acuerdo de paz entre la guerrilla a la que perteneció, el M-19, y el estado colombiano en 1990, y que en adelante fue alcalde de Bogotá y senador de la nación, entre otros cargos. Y la vicepresidenta, Francia Márquez, es una

abogada, líder social y activista medioambiental afrodescendiente. Aunque ambos prometen cambiar el curso del país a través de un gobierno de la paz y la justicia social y medioambiental, la historia reciente del país indica que su mandato no será fácil y que su ascenso no se produjo en un vacío. Los cuatro años previos a la elección de Petro y Márquez, por ejemplo, se caracterizaron por el asesinato de cientos de defensores de los derechos humanos y del medio ambiente y por las masivas protestas de ciudadanos cansados de la desigualdad social. Hasta el 2022 Colombia se podía definir como un país gobernado por las élites tradicionales y poseedoras de la tierra, incluidos los narcotraficantes, y por la violencia entre diferentes grupos armados y contra la población civil. La alternancia de poderes propia de la democracia no existía. Aun cuando hubo acuerdos de turnarse entre sí el poder entre los dos partidos tradicionales, el liberal y el conservador—como el Frente Nacional, entre 1958 y 1974, que se establece como una manera de remediar la violencia del período conocido como La Violencia—, muchos ciudadanos se sintieron excluidos por el proyecto de nación colombiano, y algunos incluso optaron por la vía de las armas.

Desde mediados del siglo XX se conformaron—a partir de campesinos despojados de la tierra, estudiantes y obreros—algunas de las guerrillas colombianas, como las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo (FARC-EP) y el Ejército de Liberación Nacional (ELN). Éstas se dedicaron a luchar contra el régimen bipartidista del Frente Nacional y el estado mismo en aras de alcanzar una igualdad social y, de hecho, contaban con la simpatía de cierta parte de la ciudadanía, como campesinos y comerciantes (Ronderos 30; GMH 268). Pero por la lógica expansiva de las guerrillas y a partir del decreto del Estatuto de Seguridad de 1978 que puso presión sobre las mismas—haciendo eco de la guerra estadounidense contra el comunismo soviético—la situación económica de las guerrillas se dificultó, por lo que empezaron a extorsionar ciudadanos a través del secuestro y el boleteo, entre otros crímenes contra los derechos humanos. Esto se unió al bloqueo de importantes vías para el comercio del país y a los atentados contra la infraestructura petrolera, todo lo cual originó un rechazo generalizado por parte de la población (GMH 270). Al tiempo que el ejército nacional de Colombia intensificó su guerra contra estos grupos armados y la presión sobre la población civil por su supuesta colaboración con la guerrilla, el narcotráfico con su violencia se expandió y se establecieron escuadrones armados contrainsurgentes de derecha. Autodenominados como “autodefensas”, conocidos también como paramilitares, el auge de estos grupos fue tal que en los años 90 se

consolidaron como una fuerza a nivel nacional apoyada por terratenientes, transnacionales y políticos.

Aun cuando el país luchó por décadas la guerra contra las drogas y atravesó dos momentos claves de desmovilización, la del paramilitarismo en 2003 y las de las FARC-EP en 2016, el Informe Final de la Comisión de la Verdad de Colombia—publicado en junio de 2022 y originado a partir del acuerdo de paz con las FARC-EP—estima que entre 1985 y 2018, 800.000 personas murieron a causa del conflicto; entre 1990 y 2018, 80.000 fueron secuestradas; entre 1985 y 2016, 210.000 fueron desaparecidas; y entre 1985 y 2019, 7.752.964 fueron desplazadas. Estima, además, que el 80 por ciento de estas víctimas no fueron combatientes (Comisión de la Verdad 140-194). Es en medio de este contexto en el que la izquierda llega al poder sin que sus candidatos presidencial ni vicepresidencial fueran asesinados—como ocurrió con candidatos anteriores—y con la votación más alta de la historia de Colombia.

Muchos de los eventos y períodos de la historia colombiana mencionados han tenido un correlato literario, cinematográfico y artístico particular. La violencia del narcotráfico durante los años 80 y 90, por ejemplo, vio el surgimiento de una literatura, un cine y unas narco-telenovelas enmarcadas en la llamada *sicariesca* (cfr. Jácome 2009). Algo similar puede decirse también de la producción cultural de este siglo, en diálogo con los acuerdos de paz, la memoria histórica y la violencia continuada. Estos correlatos tuvieron un referente paradigmático: aquel de la época de La Violencia, a mediados del siglo XX. Las relaciones entre verdad, representación estética y no-repetición han sido importantes desde ese entonces. En el presente *dossier*, nos damos a la tarea de estudiar cómo la producción cultural colombiana reciente ayuda a formar narrativas alternativas a los relatos oficiales sobre hechos violentos, a la vez que ayuda a la memoria de diferentes tipos de violencia, tanto simbólica, sistémica (cfr. Žižek 2008), como política, o vinculada con el terrorismo de estado.

Respecto a los vínculos entre violencia, conflicto y memoria, María Teresa Uribe y Liliana López afirman que la violencia del conflicto constituye “un eje de supervivencia histórica y un hilo imaginario que recorre la nación colombiana a lo largo de su historia” (2006, 41). Subrayando la inevitable tensión entre el recuerdo y el olvido, Gonzalo Sánchez, a su vez, formula una pregunta que resonará en las exploraciones desarrolladas en los artículos de este dossier: “¿cuánta memoria y cuánto olvido requiere una sociedad para superar la guerra?” (2003, 32). La memoria y el olvido son, paradójicamente, temas centrales en el análisis de los esfuerzos por evitar la forja de una identidad nacional colombiana centrada en la violencia y su naturalización. En este

punto resulta oportuno recordar la crítica de Juana Suárez. A partir de la noción de territorio cultural en disputa, en la doble escritura de la nación de Homi Bhabha—en la que las contranarrativas de la nación continuamente evocan y borran sus fronteras totalizadoras—, Suárez explora los límites y posibilidades de la producción cultural con diversos enfoques representacionales de la violencia. Con esto se busca fomentar un discurso crítico que resista narrativas unificadoras y homogeneizadoras de la nación colombiana. Esta percepción, y las realidades que han sido entendidas como violencias endémicas en Colombia—“violencias” aquí en plural para subrayar las múltiples formas del fenómeno—conducen a una singular paradoja cuando, al mismo tiempo, tales narrativas homogeneizadoras han ayudado a comercializar diversas representaciones de esas violencias en la cultura popular globalizada para alimentar su consumo masivo a nivel internacional.

Los productos culturales que se estudian en este *dossier* pueden ser contrarrelatos que buscan cuestionar los supuestos de sentido común sobre las múltiples formas de violencia superpuestas en Colombia, o en otros casos perpetuar algunos de esos discursos. Los análisis que aparecen en nuestros artículos demuestran que estos proyectos estéticos no pueden reducirse a denuncias instrumentalistas de esta violencia: son críticas consecuentes que analizan cómo las representaciones de la violencia contrarrestan o reafirman la violencia simbólica o sistémica. En gran medida, el *dossier* hace esto a través de perspectivas afectivas. Nos referimos aquí a los afectos, siguiendo a Laura Quintana, como “fuerzas efectuadas en el mundo social, que atraviesan a los sujetos, los preceden y conforman...en un enfoque relacional, tomando distancia de aproximaciones psicologistas” (29). Estas perspectivas permiten examinar cuáles relaciones se promueven o cuáles son prevenidas entre los individuos por medio de prácticas culturales asociadas o producidas por los discursos sobre los afectos, y sus vínculos con diferentes tipos de violencia. Estos discursos buscan instituir y robustecer lazos entre ciertos grupos, al tiempo que desincentivan la formación o consolidación de otro tipo de comunidades. Las exploraciones propuestas decodifican emociones (culpa, rabia, venganza), incluyendo sus facetas emancipadoras, en contextos traumáticos específicos propios del caso colombiano.

Se busca explorar esta producción cultural asumiendo que en el caso colombiano se da el panorama biopolítico que propone Achille Mbembe, en el cual “sovereignty means the capacity to define who matters and who does not, who is disposable and who is not” (2003, 14), donde la necropolítica consiste en “those figures of sovereignty whose central project is not the struggle for autonomy but the

generalized instrumentalization of human existence and the material destruction of human bodies and populations” (27). Una crítica consecuente, entonces, analiza cómo las representaciones de la violencia contrarrestan o reafirman la violencia simbólica o sistémica, las formas en que la sociedad distingue entre individuos cuya muerte merece duelo y los que no, junto a la violencia ejercida por el estado colombiano y por medio de las reformas neoliberales en el país, en particular respecto a su apoyo a políticas masivas de despojo y muerte en las que prima esa soberanía como necropolítica. Es este panorama el que se espera que sea transformado por las políticas del nuevo gobierno y la coalición que lo respalda, un horizonte al que apuntan de diversas formas las obras analizadas en el dossier.

En el primer artículo, Carlos Mejía aborda el problema de las relaciones entre autoridad, orden y poder en los archivos de violencia del conflicto colombiano a través del análisis de “Un poema en el bolsillo” de Héctor Abad Faciolince, *La ceiba de la memoria* de Roberto Burgos Cantor y *La forma de las ruinas* de Juan Gabriel Vásquez. El autor observa los modos particulares en que estos escritores y sus obras se aproximan al archivo en casos especiales, en los cuales documentos y objetos son huellas o despojos de eventos violentos. Su análisis abre la posibilidad de examinar críticamente la relación del archivo con la literatura y los afectos, dadas las conexiones que analiza con el acopio de “índices preverbales” desde una lectura novedosa de las propuestas de Luc Boltanski, Jacques Rancière, Gilles Deleuze y Félix Guattari. La autoridad representada en estas narrativas, propone Mejía, desafía formas institucionalizadas de la memoria que intentan implementar un monopolio de la interpretación del dolor de las víctimas de la violencia.

Camilo A. Malagón también se ocupa de Juan Gabriel Vásquez, pero de uno de sus libros más famosos, *El ruido de las cosas al caer* (2011), al tiempo que analiza *La virgen de los sicarios* (1994) de Fernando Vallejo y *Elástico sombra* (2019) de Juan Cárdenas a través de la figura de lo que él llama “el intelectual implicado”. Malagón rescata el paradigma latinoamericano del intelectual—como eje de la creación de la nación moderna, la ciudad letrada—pero destaca cómo su posición, aparentemente distanciada, de observador y analista de la violencia no le permite reflexionar sobre su propia posición como parte del conflicto y en la reproducción del mismo. El análisis está entrelazado a una reflexión sobre cómo los autores de las novelas en cuestión están también implicados en la violencia que representan. Al tiempo que desacraliza la figura del intelectual, el autor cuestiona la división arbitraria y fácil entre víctima y victimario con que se suele aproximar a la violencia colombiana. Así propone otras

aproximaciones que permitan, como concluye él, “reconfigurar una posible coalición de clases y subjetividades variadas en vista de nuevos paradigmas de futuridad”.

Carlos Gardezabal Bravo se ocupa, también, de *El ruido de las cosas al caer*, pero a través de un término que él acuña como “empatía reflexiva”. Se trata de una empatía narrativa que se da de forma lenta, pausada, meditativa y compartida, y que rompe con paradigmas facilistas de simpatía lectora para crear lazos afectivos que se transformen en verdaderos espacios de articulación semántica. La novela de Vásquez, según Gardezabal Bravo, es un modelo de esta empatía reflexiva porque plantea el trauma del protagonista Antonio Yammara no sólo como el de una víctima individual del conflicto—la guerra contra las drogas y el narcotráfico en la Colombia de la década de 1990—, sino como una forma de memoria colectiva que abre la posibilidad de una articulación política. El intercambio de memorias entre Antonio Yammara y Maya Fritts se plantea como esa forma de empatía reflexiva que crea vínculos transformadores y formas alternativas de intersubjetividad.

Dados los artículos de Mejía, Malagón y Gardezabal Bravo, es innegable la centralidad que toma la obra de Juan Gabriel Vásquez para el *dossier*, ya que su obra es un hito ineludible en la literatura sobre la violencia del siglo XXI en Colombia. Las aproximaciones críticas a su obra son aquí variadas y no necesariamente la celebran *tout court*, sino que problematizan sus personajes y representaciones. Los estudios de Malagón y Gardezabal Bravo, por ejemplo, ponen sobre la mesa lecturas de *El ruido de las cosas al caer* en cierto modo opuestas: Malagón lee la novela como una instancia de representación de un intelectual implicado en la violencia de la cual también es víctima, mientras que Gardezabal Bravo ve en las relaciones afectivas entre Yammara y Fritts un momento afectivo que articula una transformación personal y social. En ambos casos, hay una transformación de paradigmas (de culpabilidad en el primero; de afectividad en el segundo), pero nos aferramos a esa multiplicidad como un ejemplo para pensar todas las obras estudiadas en el *dossier*: no son lecturas cerradas, sino que se abren a posibles reformulaciones paradigmáticas de la literatura y la producción cultural colombiana.

En su estudio sobre *Viaje al interior de una gota de sangre* (2017) de Daniel Ferreira, Juanita Bernal Benavides ofrece una lectura crítica de las formas en que esta novela establece correlaciones entre el paramilitarismo colombiano, la memoria privada de sus víctimas y la violencia epistémica y los silencios que imponen ciertas lecturas históricas. A partir de las ideas de Walter Benjamin, Georges Didi-Huberman, Silvia Federici y Carl Schmitt, Bernal Benavides examina en la novela la representación de la

acumulación por medio del despojo y la borradura de lo común, lo cual encuadra dentro de lo que interpreta como una propuesta de estratificación arqueológica para las memorias de la violencia paramilitar, más allá de justificaciones revisionistas y/o presentistas. Para ello muestra cómo la novela cuestiona de diversos modos las presuposiciones y silencios de la historia oficial de la violencia paramilitar.

En su ensayo, Martín Ruiz Mendoza asegura que las películas *Rodrigo D: No futuro* (1989) de Víctor Gaviria, *La tierra y la sombra* (2015) de César Augusto Acevedo y *Matar a Jesús* (2017) de Laura Mora, aunque emplean ciertas técnicas documentales, realizan una crítica al “carácter reconstructivo” del cine documental en Colombia que pretende representar la realidad a través de un relato histórico unificado. El autor muestra cómo estos exponentes, a pesar de concentrarse una vez más en la estudiada violencia en Colombia, lo hacen desde una mirada poco explorada dentro del cine nacional, aquella del afecto. Ruiz-Mendoza parte del análisis de *Rodrigo D*, pues la plantea como inauguradora de una tradición que explora la relación entre lo documental y lo afectivo.

El artículo de Eduard Arriaga investiga la representación de los afrodescendientes en dos películas colombianas, *Chocó* (2012) de Johnny Hendrix Hinestroza y *La playa D.C.* (2013) de Juan Andrés Arango, y el proyecto digital de Liliana Angulo *Un caso de reparación histórica y humanidades digitales* (2015). Arriaga piensa las visualidades como posibilidades de denuncia o perpetuación de violencias sistémicas o lentas (siguiendo las respectivas definiciones de Slavoj Žižek y Rob Nixon) como punto de partida para indagar en el potencial decolonial de los artefactos culturales estudiados. En el caso de las películas de Hinestroza y Arango, Arriaga pondera el interés por la diversidad y la representación de sujetos afrocolombianos en las películas, pero finalmente critica la reificación de la supuesta relación inherente entre estos y la naturaleza como una visión romántica que termina exotizando a los personajes. En el caso del proyecto digital de Angulo, Arriaga señala el carácter decolonial y reparador de la obra, cuya idea es la de resaltar la presencia de las personas afrodescendientes que participaron en la Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada realizada a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, para así deshacer los procesos de borramiento e invisibilización a los que han sido sometidas estas personas, y destacar la capacidad intelectual y artística de dichos sujetos.

Finalmente, Gwendolen Pare estudia *El abrazo de la serpiente* (2015) de Ciro Guera, prestando atención a la disputa entre saberes occidentales y saberes indígenas. Como explica Pare, Von Martius y Schultes representan paradigmas de la ciencia

occidental asociados con la etnología ilustrada y el discurso científico militarizado, respectivamente. Al contrario de estos, Karamakate no representa un saber indígena estático y estancado en el pasado, sino un puente de saberes imbricado en el espacio y en el tiempo y de carácter transformativo, y que la autora llama una “ecología de saberes”, siguiendo el trabajo de Gregory Bateson, Eduardo Kohn, Eduardo Viveiros de Castro y Arturo Escobar. Aunque la película se enmarca en el giro rural del cine colombiano y puede recaer en la espectacularización de los espacios naturales negando su carácter político denso como territorio en disputa, como Pare explica, es en la ecología de saberes propuesta por Karamakate que la película provee un paradigma de lectura que complica esa espectacularización y abre la posibilidad de entender los límites de nuestra mirada como espectadores.

Los artículos de este *dossier* retoman críticamente lo que a lo largo de las décadas se ha institucionalizado académicamente como un campo de estudio en las humanidades y las ciencias sociales que estudian Colombia. La comprensión plural de esas violencias, acompañada de un análisis a fondo de sus representaciones culturales, pasan por una comprensión de problemas marginalizados en el pasado por los discursos tradicionales de la llamada *violentología*. Este número especial de *A Contracorriente* busca proponer nuevas discusiones para el campo estudiado: ¿Cuáles son las implicaciones éticas de estetizar la violencia? ¿De qué manera el discurso hegemónico sobre los traumas históricos da forma a los debates en torno a la verdad, la memoria y el olvido, y cómo las narrativas reconfiguran tales debates? ¿Cómo las diferentes formas de esta producción cultural sobre la violencia interrogan las fuerzas políticas y sociales sin limitarse al conflicto armado, el racismo y la violencia sistémica contra grupos étnicos; el discurso de los derechos humanos (cfr. Gardeazábal Bravo y Guerrieri, 2020), los estados de excepción y la violencia estatal; y las políticas económicas vinculadas con el despojo sistemático? ¿De qué manera la nueva visibilidad de los sujetos vulnerables en la producción cultural colombiana revela una denuncia o una perpetuación de las violencias sistemáticas? ¿De qué forma puede la producción cultural modelar y replantear lazos afectivos que sean realmente éticos para forjar nuevas formas de relacionarnos? Esperamos que los lectores de este dossier encuentren en estos artículos material de trabajo y discusiones fructíferas para seguir pensando Colombia.

## Obras citadas

- Avelar, Idelber. 2005. *The Letter of Violence*. New York: Palgrave.
- Bernal Benavides, Juanita. 2021. "Juliana Martínez. *Haunting With Ghosts: Spectral Realism in Colombian Literature, Film, and Art*. Texas University Press, 2020". Book review, *Ciberletras* (45): 66-70. <https://www.lehman.edu/ciberletras/issue-45.php>.
- Comisión de la Verdad. 2022. *Hallazgos y recomendaciones de la Comisión de la Verdad*. <https://www.comisiondelaverdad.co/hallazgos-y-recomendaciones-1>. Consultado: 30 junio 2022.
- Elston, Cheryl. 2016. *Women's Writing in Colombia: An Alternative History*. New York: Palgrave.
- Fanta Castro, Andrea, Alejandro Herrero-Olaizola y Chloe Rutter Jensen. 2017. *Territories of Conflict: Traversing Colombia through Cultural Studies*. Rochester: U of Rochester P.
- Gardeazábal Bravo, Carlos, y Kevin G. Guerrieri, editores. 2022. *Human Rights in Colombian Literature and Cultural Production: Embodied Enactments*. New York: Routledge.
- Grupo de Memoria Histórica (GMH). 2010. *La Rochela, memorias de un crimen contra la justicia*. Bogotá: Editorial Taurus.
- Herrero-Olaizola, Alejandro. 2022. *Commodifying Violence in Literature and on Screen: The Colombian Condition*. New York: Routledge.
- Jácome, Margarita. 2009. *La novela sicarésca. Testimonio, sensacionalismo y ficción*. Fondo Editorial Universidad EAFIT.
- López Baquero, Constanza. 2012. *Trauma, Memoria y Cuerpo: el testimonio femenino en Colombia (1985-2000)*. Tempe-Asociación Internacional de Literatura y Cultura Femenina Hispánica.
- Martínez, Juliana. 2020. *Haunting without Ghosts: Spectral Realism in Colombian Literature, Film, and Art*. Austin: U of Texas P.
- Martínez, Juliana y Juanita C. Aristizábal, editores. 2019. *Violent Tales: Cultural Representation in Colombia and Mexico*. *Revista de Estudios Hispánicos* 53(1): 7-259. <https://muse.jhu.edu/issue/40501>.
- Mbembe, Achille. 2003. "Necropolitics". *Public Culture* 15(1): 11-40.

- Mendoza, Annie. 2015. *Rewriting the Nation: Novels by Women on Violence in Colombia*. Tempe-Asociación Internacional de Literatura y Cultura Femenina Hispánica.
- Nixon, Rob. 2011. *Slow Violence and the Environmentalism of the Poor*. Harvard U P.
- O'Bryen, Rory. 2008. *Literature, Testimony and Cinema in Contemporary Colombian Culture: Spectres of La Violencia*. Woodbridge (Suffolk, UK): Tamesis.
- Ospina, María. 2020. *Narrativa, artes visuales y filmicas a la luz de los Acuerdos de Paz en Colombia*. *Revista de Estudios Colombianos* (55): 4-74.  
<https://colombianistas.org/ojs/index.php/rec/issue/view/12>.
- Ospina Pizano, María. 2019. *El rompecabezas de la memoria: Literatura, cine y testimonio de comienzos del siglo en Colombia*. Madrid: Iberoamericana-Vervuert.
- Quintana, Laura. 2021. *Rabia: afectos, violencia, inmunidad*. Herder Editorial.
- Ramírez López, Wilmar Andrés y Virginia Capote Díaz. 2020. *Violencia, sexualidades y política: aproximaciones al conflicto armado interno colombiano en la literatura reciente (2005-2019)*. *Catedral Tomada: Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 8(15): I-XIII; 1-279; 434-448.  
<https://catedraltomada.pitt.edu/ojs/index.php/catedraltomada/issue/view/22>.
- Ronderos, María Teresa. 2015. *Guerras recicladas. Una historia periodística del paramilitarismo en Colombia*. Bogotá: Penguin Random House Grupo Editorial.
- Rueda, María Helena. 2011. *La violencia y sus huellas: una mirada desde la narrativa colombiana*. Madrid: Iberoamericana-Vervuert.
- Sánchez, Gonzalo. 2003. *Guerras, memoria e historia*. ICANH.
- Suárez, Juana. 2010. *Sitios de contienda: producción cultural colombiana y el discurso de la violencia*. Madrid: Iberoamericana-Vervuert.
- Uribe, María Teresa, y Liliana María López Lopera. 2006. *Las palabras de la guerra: metáforas, narraciones y lenguajes políticos: un estudio sobre las memorias de las guerras civiles en Colombia*. Carreta Editores.
- Žižek, Slavoj. 2008. *Violence: Six Sideways Reflections*. Picador.